

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Woman in Suite 11*

© 2025, Ruth Ware

© 2026, de la traducción por Paula Parra Coteló

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 979-13-87575-67-0

DL: B 16.713-2025

Diseño de interiores:  
David Pablo

Composición:  
Grafime Digital S.L.

Impreso en febrero de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Ruth Ware

# La mujer de la habitación 11

Traducción de Paula Parra Coteló



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2026

*Para todos aquellos que anhelaban algo más*

# Prólogo

*En mi sueño, estaba atrapada. Encerrada en una celda bajo el agua, donde nadie podía oír mis gritos.*

*No había escapatoria. Corría de un lado a otro de la pequeña estancia, arañaba con furia la puerta cerrada a cal y canto y descorría las cortinas de nailon naranja, solo para descubrir que no había ninguna ventana detrás, sino un panel de plástico liso, que parecía burlarse de mí con una crueldad silenciosa.*

*Desesperada, busqué algo que pudiese ayudarme a salir de esa prisión: un trozo de madera para forzar la puerta, algo pesado para destrozar la cerradura... Pero no había nada, tan solo una litera de metal pegada a la pared y una bandeja de plástico tirada en el suelo.*

*La puerta encajaba a la perfección: no había rendija alguna por la que meter los dedos, ni un solo hueco en la parte inferior por donde mirar o gritar.*

*Y, mientras arañaba el despiadado plástico con las uñas rotas y ensangrentadas, me di cuenta de que no tenía ningún modo de salir de allí. Estaba totalmente atrapada. Ser consciente de ello iba a acabar conmigo.*

*Sentí un alivio inmenso cuando desperté. Me quedé tumbada con los ojos cerrados, mientras el latido de mi corazón me retumbaba en el pecho y la sangre se me agolpaba en los oídos. Solo había sido un sueño. Esa misma pesadilla que se repetía tantas veces que ya había perdido la cuenta. Solo eso, una estúpida y recurrente pesadilla; la reminiscencia del sufrimiento que viví hasta que conseguí escapar. Estaba a salvo en casa, donde nadie podía hacerme daño.*

*Pero... ¿de verdad estaba en casa? Sentí que algo no iba bien incluso antes de abrir los ojos. No estaba en mi cama cómoda,*

*con mi marido a un lado y un par de piecitos sobre la barriga. Estaba sola, tumbada en un colchón delgado y duro, con la espalda y la cadera adoloridas. Además, algo no cuadraba con los sonidos: no se oía el familiar murmullo del viejo aire acondicionado, ni el claxon de los coches, ni el estruendo de las sirenas en la noche neoyorquina.*

*No. Solo escuchaba el estrépito de las puertas, el sonido de pasos, el grito de unas voces masculinas airadas.*

*—Si no te tranquilizas... —escuché, y algo más que no conseguí captar.*

*Los latidos de mi corazón comenzaron a acelerarse de nuevo. Me senté y abrí los ojos con una sensación de pánico, mientras los sucesos del día anterior pasaban por mi mente como una avalancha. No me topé con ninguna ventana falsa ni paneles de color beis detrás de unas cortinas de nailon. Y la puerta no era de plástico. Pero sí había una. Era de metal, con rejas, y, definitivamente, estaba cerrada con llave.*

*Mi sueño no había sido solo un sueño. Estaba atrapada. Estaba encerrada en una celda. Y no tenía la menor idea de cómo iba a salir de allí.*

# PRIMERA PARTE

# Capítulo 1

Inhalé profundamente al entrar en el cuarto. Parecía que había caído una bomba en la habitación. Los cajones volcados, el edredón y las almohadas esparcidos por el suelo. Una mesita descansaba boca abajo sobre la cama, y varias sillas yacían tiradas por todas partes, como si alguien hubiera jugado a los bolos con ellas. Había ropa por doquier: en la alfombra, en la mesilla de noche, colgada de la persiana. Apenas podía ver el suelo por el desorden. En medio de todo ese caos, Delilah, mi anciana gata atigrada, se limpiaba con calma encima de la montaña de ropa caída, la misma que había lavado y doblado hacía apenas unas horas.

Solo había dos explicaciones plausibles. Una: alguien había entrado a robar en mitad de la noche y tenía muy claro lo que venía a buscar. O dos: Judah dejó que los niños se vistiesen solos para ir al colegio, y ese había sido el resultado. Estaba casi segura de cuál era la respuesta correcta.

Suspiré y empecé a levantar las sillas. Luego recogí el vasito antiderrame de Teddy, que se encontraba debajo de su camita, y aparté a Delilah de la montaña de ropa arrugada. Volví a colocar la ropa de Eli en su cómoda. «¡Eres brillantosaurus!», decía una sudadera chiquitita tirada sobre la alfombra, en la que había un dinosaurio bordado. ¿Por qué la ropa para adultos no llevaba frases como esa? Había días en los que no me vendría mal el apoyo de un T. Rex sonriente, que me dijera que creía en mí... Y aquel era uno de esos.

–¿Qué tal ha ido la entrevista? –Judah se quitó los auriculares y alzó la mirada del portátil en cuanto apoyé el vasito antiderrame en la encimera de la cocina.

No me cansaba de ver el salón de nuestro apartamento; fue lo que nos convenció para decantarnos por él en su momento. Era alargado, ocupaba casi toda la longitud del antiguo edificio, con el suelo de madera oscura y pulida, y unos grandes ventanales que daban a los tejados de los vecinos. Ese día estaba bañado por la suave luz del sol otoñal y por las motas de polvo que brillaban en el aire.

El piso tenía dos habitaciones y, cuando lo compramos, pensábamos utilizar una nosotros y aprovechar la otra como despacho o como cuarto de invitados. Pero me quedé embarazada, así que el despacho se convirtió en la habitación del bebé y después en el cuarto de dos niños. Desde entonces, trabajábamos (bueno, Judah trabajaba) en la mesa de la cocina, en un rinconcito a un lado del salón.

Cuando llegué a casa, estaba enfrascado en una videoconferencia a través de Zoom, pero, en ese instante, parecía tener ganas de que lo distrajesen. Negué con la cabeza.

–Bien, pero no creo que me den el puesto. La chica que me entrevistó era muy maja, pero me dijo que estaba sobrecalificada. Dos veces.

–Traducción: no pueden permitirse contratarte –dijo Judah, encogiéndose de hombros, mientras se subía las gafas de leer hasta la frente–. Ya te lo he dicho, deberías aspirar más alto.

–Suena muy bonito, pero llevo bastante tiempo en el banquillo. –Intenté que no se me notara la irritación en la voz, aunque no estaba convencida de haberlo logrado.

Para Judah era fácil decirlo: había conseguido un puesto increíble en *The New York Times*, nada más y nada menos, justo antes de que llegara la pandemia. Había ganado el equivalente a la lotería para un periodista. Y, aunque lo sabía, eso no hacía que fuese más fácil para mí dejar de comparar nuestras trayectorias profesionales.

–Los puestos en plantilla no son fáciles de conseguir, Jude, especialmente cuando tienes un vacío de cinco años en el currículum.

–Lo sé –dijo Judah. Se levantó, se acercó a mí y me rodeó con

los brazos—. Lo entiendo, lo siento. No estoy diciendo que los trabajos caigan del cielo, solo creo que a veces no te valoras lo suficiente.

—Sí que me valoro, de verdad. Pero apenas he trabajado desde que nació Eli... y eso, para mucha gente, es un criterio eliminatorio.

Eli no había sido exactamente un bebé de pandemia, pero nació justo antes de que todo comenzara. Había llegado a la cima del éxito con mi único libro, *Aguas oscuras*, en el que relataba mi pesadilla a bordo del crucero Aurora, que navegaba por los fiordos noruegos. Justo le acababan de ofrecer un contrato indefinido a Judah en *The New York Times*. Compramos un apartamento en el moderno barrio de Tribeca, en Manhattan, gracias al adelanto de mi libro y su nuevo sueldo. El siguiente paso era... ¿intentar tener un bebé?

Por alguna razón, al utilizar el verbo «intentar», asumí que el proceso nos llevaría meses, incluso años. La realidad fue que Eli llegó mucho antes de lo que imaginábamos, y ser padres de un recién nacido fue agotador, como si un torbellino nos arrastrara por completo. Parecía imposible que alguien tan chiquitito pudiese causar tanta destrucción en dos vidas tan meticulosamente organizadas. En mi caso, fue especialmente duro, ya que me encontraba a más de cinco mil kilómetros de mi país natal y de mi madre. Durante un tiempo, las cosas se mantuvieron un poco inestables. Sentí que mi salud mental volvía a caer en un pozo oscuro: los antiguos medicamentos habían dejado de hacerme efecto, y los nuevos venían acompañados de efectos secundarios inesperados y algunas complicaciones con las dosis. Pero, entre los dos, conseguimos encauzar nuestras vidas de nuevo. El tsunami hormonal desapareció. Eli se adaptó a su rutina. Judah y yo logramos que las cosas funcionasen, y dimos con un cóctel de antidepresivos que me devolvió el equilibrio. Y entonces, justo cuando empezaba a plantearme contratar a una niñera (o una canguro, como las llaman aquí) y volver a trabajar, la pandemia nos encerró a todos.

En cierto modo, me alegré por ello, aunque nunca lo admitiré

en voz alta. Por supuesto que fueron tiempos complicados, sobre todo por el aislamiento y la preocupación constante por mi madre, que se encontraba en lo que *The Guardian* llamaba «La isla infectada». Pero también me permitió disfrutar sin sentirme culpable. Como los colegios y las escuelas infantiles permanecían cerradas, pude pasar dos años maravillosos en casa con Eli, sin la presión de tener que ponerme a buscar un trabajo a tiempo completo. Además, con la llegada de Teddy, todo volvió a empezar de cero y me encontré de vuelta en el mundo de los bebés, aunque, en aquella ocasión, con la medicación ajustada y una idea más clara de cómo funcionaba todo.

Pero, en un abrir y cerrar de ojos, ya habían pasado seis años. Eli estaba en el segundo ciclo de Educación Infantil y Teddy en el primero. El adelanto por el libro ya se había consumido por completo con los gastos diarios. Y Judah y yo estuvimos de acuerdo en que era hora de volver al ruedo.

El único problema era que me estaba resultando más complicado de lo previsto.

Desempeñé diversos trabajos como autónoma, tanto aquí, en Estados Unidos, como para antiguos jefes y contactos en el Reino Unido. Sin embargo, lo que realmente quería era un empleo fijo, con pensión y seguro médico. Al menos, en ese momento ya era ciudadana estadounidense, lo que me daba cierta seguridad. Durante los oscuros días de ansiedad posparto, una de las pesadillas recurrentes era que me caducaba la residencia permanente y que los agentes de inmigración se presentaban en mi casa y derribaban la puerta. La idea me atormentaba, sin importar cuántas veces Judah me juró que eso no sucedería, que no me deportarían porque era mujer y madre de ciudadanos estadounidenses. Pero, incluso con el valioso pasaporte estadounidense en mano, todavía me asustaba pensar que, si le pasaba algo a Judah, estaría en una situación muy complicada. Nuestra vida aquí, nuestro seguro de salud y nuestra hipoteca dependían de su trabajo. Y eso era lo último que quería. No solo por mí, sino también por él. No quería que llevase sobre sus hombros la carga de mantener a flote a nuestra pequeña familia.

Me abracé a él con más fuerza y apoyé la cabeza en su pecho ancho durante un instante. Después me enderecé y le sonreí.

–Todo irá bien. Ya aparecerá algo... Solo tengo que seguir buscando, ¿no?

–Pues claro que sí. –Judah me apartó el pelo de la cara y me sonrió–. Lo que quiero decir es que, en mi caso, me parecía una locura aspirar a un puesto en el *Times*... hasta que dejó de serlo. Eres una escritora alucinante con un currículum increíble. Algo saldrá. Mientras tanto, sigue escribiendo tus cositas de autónoma. Todo llega a su debido tiempo, te lo aseguro.

–Te quiero, Judah Lewis –dijo. Y lo decía de verdad. Con toda mi alma.

–Te quiero, Laura Blacklock –me respondió con esa sonrisa ladeada que siempre me conmovía el corazón.

Nos miramos a los ojos durante un largo minuto y volví a pensar, por millonésima vez, en la suerte que tenía de haber llegado hasta allí: compartía la vida con el hombre al que amaba, que seguía acelerándome el pulso después de diez años juntos, y con dos niños maravillosos, en ese bonito apartamento que ni siquiera habríamos podido soñar con permitirnos una década atrás. Mi vida podría haber terminado sepultada en el mar, en Noruega. Había rozado la muerte con los dedos. Cada día era un regalo por el que jamás dejaría de estar agradecida.

El ordenador de trabajo de Judah emitió un pitido que hizo que nos separásemos, todavía sonriéndonos el uno al otro.

–Lo siento –dijo–. Es el recordatorio de mi calendario. Tengo una videoconferencia a y media.

–A currar, que hay que ganarse el pan –respondí. Y, al ver la pila de sobres encima de la mesa, añadí–: Ah, por cierto, he cogido el correo. Hay un par de paquetes para ti. Uno de ellos debe de ser las camisetas que pediste.

Judah asintió y empezó a rebuscar entre el montón de correo basura, paquetes y facturas, antes de detenerse ante un sobre de papel grueso con relieve. Emitió un gruñido y me lo lanzó.

–Me parece que nos vamos de boda. Una vez más. Me sor-

prende que aún te quede algún amigo soltero. ¿Quién se casa esta vez?

Bajé la mirada hacia el sobre con el ceño fruncido. Sí que parecía una invitación de boda, por el cartón rígido y el papel cremoso de buena calidad. Y llevaba un sello europeo, pero no del Reino Unido. De hecho, no estaba segura de qué país era. En el sello ponía «Helvetia», que me sonaba a algún idioma escandinavo, pero no era un país ni una moneda que fuese capaz de identificar. El sobre iba dirigido a la «Sra. Laura Blacklock», escrito en tinta negra y espesa y con una bonita caligrafía.

Solo había un modo de descubrirlo.

Rasgué la parte superior e hice una mueca al cortarme con el borde rígido del sobre. Luego saqué la tarjeta y me chupé la sangre del dedo mientras la leía.

Marcus Leidmann y el Grupo Leidmann  
tienen el placer de invitar a

la Sra. Laura Blacklock  
a la inauguración para la prensa de  
Le Grand Hôtel du Lac  
Saint-Cergue les Bains  
Lago de Ginebra  
Suiza

Lunes 4 - jueves 7 de noviembre

Por favor, confirme asistencia a [press@theleidmanngroup.ch](mailto:press@theleidmanngroup.ch)

Por la parte de atrás me topé con el mismo texto escrito en francés. Debajo de ambos textos había un discreto código QR, en el que ponía: más información / *plus d'informations*.

Judah debió de ver algo en mi cara, no sé el qué, porque, cuando terminé de leer, alzó la mirada con curiosidad.

—¿No es una invitación de boda?

—No. Es algo de prensa.

Le di la tarjeta y la leyó por encima. Enseguida señaló el primer nombre.

—He oído hablar de él. De Marcus Leidmann. Es el CEO del Grupo Leidmann. ¿Lo conoces?

Volví a coger la tarjeta y negué con la cabeza.

—¿Es una empresa de viajes?

—Hacen un poco de todo. Son como una versión más pequeña de Tata Steel, ya sabes. Empezaron con la manufactura pesada, luego se diversificaron a diferentes sectores, desde ferrocarriles hasta telecomunicaciones. Pero no sabía que también se dedicaban a la hostelería. Eso debe de ser algo nuevo.

Me encogí de hombros.

—Me parece un buen momento para introducirse en el negocio de los viajes. Quiero decir, muchos negocios quebraron durante la pandemia, así que supongo que un inversor astuto aparece cuando los empresarios han tocado fondo. En fin, es una buena oportunidad para que alguien se deje agasajar por ese tal Marcus.

Le arranqué la tarjeta de los dedos y estaba a punto de tirarla a la basura cuando Judah me detuvo.

—¿Qué haces? Podría ser una buena oportunidad para ti.

Me reí.

—¡No puedo irme a Suiza, Judah! ¿Quién llevaría a los niños al cole? ¿Quién los iría a recoger?

—Pues... ¿yo? —respondió Judah. Parecía un poco ofendido—. Como hice esta mañana cuando tú estabas en la entrevista, si es que lo recuerdas. Sobrevivimos sin ningún contratiempo.

Abrí la boca para replicar que la habitación de los niños parecía una zona de guerra y que eso había pasado en una sola mañana, pero la volví a cerrar. No quería ser una de esas mujeres que critican a sus maridos cada vez que hacen algo un poco diferente de como deberían haberlo hecho. Y, probablemente, sería bueno para los niños que les dejase un poco de independencia y responsabilidad para prepararse por las mañanas ellos

solos... Aunque era una pena que tuviesen que destrozar su habitación en el proceso.

–Pero ¿qué sentido tiene todo esto? –dije entonces, cambiando de táctica–. No me corresponde ninguna comisión por escribir sobre el tema. Me refiero a que tener unas vacaciones gratis está guay, pero ni siquiera estoy segura de que vaya a ser gratis. Es probable que los vuelos corran de mi cuenta.

–Uno –respondió Judah, marcando los puntos con los dedos–: llevas diciendo que quieres ver a tu madre desde hace unos dos años. Aunque tengas que pagar los vuelos, sería un viaje a Europa que te podrías deducir, lo cual no está nada mal. Dos: probablemente el lugar esté plagado de periodistas y editores de viajes, así que es una gran oportunidad para hacer contactos. Incluso podrías llegar a reencontrarte con algunas caras conocidas. Tres: Lo, llevas seis putos años encerrada en casa con los críos. Si alguien se merece unas vacaciones gratis, esa eres tú. Esto es cosa del universo, y te está diciendo que vuelvas al ruedo. Y oye, la verdad es que es halagador que hayan pensado en ti, ¿no?

Bajé la vista hacia la tarjeta que sostenía en la mano, ahora un poco manchada con la sangre del corte que me había hecho con el papel. No me entusiasmaba demasiado la idea de reencontrarme con algunos antiguos conocidos, pero el resto de los argumentos de Judah eran completamente válidos. Poder volver a ver a mi madre era un aliciente, algo que llevaba posponiendo desde hacía demasiado tiempo. Y ese último comentario... no podía negar que me había tocado la fibra. Me sentía bastante halagada de que alguien hubiera pensado en mí.

Durante un tiempo, tras la publicación de *Aguas oscuras*, gocé de cierta fama en el mundillo del periodismo de viajes, y no dejaban de llegarme invitaciones para acudir a todo tipo de inauguraciones, desde nuevos complejos turísticos hasta rutas de trenes de lujo. No obstante, ese flujo se fue reduciendo durante la pandemia, hasta convertirse en un simple goteo. Luego se detuvo por completo y nunca llegó a retomarse. Aun así, me reconfortaba pensar que mi nombre seguía por ahí, todavía

presente en la libreta de direcciones de algunas personas... Si es que aún quedaba alguien que siguiera usando libretas de direcciones.

Sí, me sentía bastante halagada de que alguien hubiera pensado en mí. Y era un recordatorio de que no era una don nadie, por mucho que me hubiera sentido así al llegar a casa después de la entrevista. Quizá era un poco más brillantosaurus de lo que pensaba. Y quizá... quizá Judah tenía razón. Quizá era cosa del universo, intentando recordármelo.

## Capítulo 2

–¡Mami! –Eli salió disparado por la puerta del colegio como un pequeño cohete de pelo castaño, chocó contra mi abdomen y me abrazó con tanta fuerza que parecía que me había estado esperando durante una semana entera–. Te he echado muuuucho de menos.

–¡Si me viste ayer antes de dormir!

–Pero esta mañana no estabas... ¡Te fuiste antes de que me despertara! –Su tono de voz sonó a reproche.

Teddy se agarró de mi brazo libre y asintió con fuerza.

–¡Te fuiste sin nosotros!

–Es cierto, pero papá os cuidó muy bien, ¿a que sí?

–Tuvimos que vestirnos nosotros solitos. –Por la forma en que Eli lo había dicho, parecía una tragedia, como si Judah los hubiese dejado solos toda la noche, y no como si les hubiese pedido que escogiesen la camiseta que se querían poner–. Le dije que tú siempre me escoges la ropa de abajo, pero me dijo que ya era un niño grande y que podía hacerlo yo solo.

Por «ropa de abajo» se refería a los pantalones, y no a la ropa interior. Jamás me acostumbraría a escuchar palabras tan extrañas saliendo de la boca de mis propios hijos. De vez en cuando, también me soltaban alguna que otra americanada... Aunque claro, como eran la mitad de Judah, suponía que cada día se volvían un poquito más estadounidenses. Cuando Eli empezó el colegio, su acento se parecía bastante al mío, como consecuencia de la cantidad de horas que había pasado a mi lado y de que lo había criado a base de *Peppa Pig* y *Octonautas*. Pero, cinco minutos después de haber cruzado la puerta del cole (quizá exageraba, pero eso me parecía a mí), había adoptado un acento neoyorquino impecable, casi tan marcado

como el de Judah, con ese deje de Brooklyn tan difícil de ignorar. En la actualidad, cambiaba de un acento a otro sin mayor esfuerzo: hablaba como un estadounidense con sus amigos y sonaba británico del todo cuando hablaba conmigo o con sus abuelos ingleses por Zoom. Al menos había conseguido que me siguiese llamando «mami». Las demás podían ser «mamá» si querían. Yo no.

–Vamos, vamos, vamos –pidió Teddy, mientras saltaba a mi alrededor con entusiasmo–. Quiero ir al parque. ¿Podemos ir al parque?

–A ver... –Miré la hora en el móvil, luego el tiempo, que predecía lluvia, y me resigné. Qué importaba. Le daría otra hora de tregua a Judah para que terminase el trabajo y, si llovía, los tres íbamos abrigados–. Está bien. Pero solo media horita, ¿vale?

En el pequeño parque, los niños trepaban por los juegos, se colgaban de las barras, chapoteaban en los charcos y, lo más importante, agotaban sus energías, mientras yo dudaba entre vigilarlos o redactar desde el móvil algunos correos persuasivos para los pocos contactos relacionados con los viajes que me quedaban, con el objetivo de proponerles un artículo sobre el Grand Hôtel du Lac. Un problema que tenía es que el *plus d'informations* del código QR no me había ofrecido tanta información como prometía. Habría sido útil algún tipo de gancho o de propuesta de venta única: «el primer hotel con huella de carbono cero en los Alpes suizos», o algo así. «El único hotel europeo con una piscina hecha de oro macizo». Bueno, esa sonaba un poco menos creíble, pero, al ver las fotos en internet, pensé que quizá era más probable que ser un hotel con huella de carbono cero. Lo cierto era que el hotel tenía una pinta impresionante, y estaba claro que no se había escatimado en gastos, ni en el edificio en sí, que era un impresionante *château* del siglo XVIII a orillas del lago de Ginebra, ni en las reformas, que rezumaban dinero: desde la cerámica de Delft pintada a mano que utilizaron en los baños, hasta la enorme piscina infinita de paredes de vidrio con vistas al lago. Dudaba

mucho que me fuese a bañar en pleno noviembre, pero sí me veía acurrucada junto a una de las antiguas estufas de leña de mampostería que decoraban los salones y habitaciones del hotel, o relajándome en el bar de cócteles de paneles de madera de los años veinte, martini en mano. La página web prometía de todo, desde paseos en trineo en invierno hasta heliesquí en Morzine, que quedaba muy cerca; así que estaba claro que sería un destino asegurado durante todo el año para los muy ricos. Aunque no estaba segura de que eso fuera de interés.

El otro problema era que muchas empresas de revistas en papel habían cerrado desde la última vez que había enviado alguna propuesta, y las que quedaban eran en su mayoría blogs pretenciosos, con presupuestos acordes. En cuanto me llegó la tercera propuesta con el mismo resultado –sí al artículo, pero «no podemos ofrecer mucho en cuanto a la tarifa»–, suspiré con fuerza y cerré el correo. Judah había dicho que todo aquello era obra del universo, que trataba de decirme que volviera al ruedo, y tal vez lo fuera, pero, para confirmar las supuestas insinuaciones del universo, me habría gustado que estuvieran acompañadas de un cheque jugoso. Los honorarios que me ofrecían ni siquiera cubrían los vuelos.

Aun así, seguía siendo una buena oportunidad, y también una excusa para ver a mi madre, que había perdido a su marido un par de años antes de la pandemia y a la que cada vez veía más débil, sobre todo desde la operación de cadera a la que se había sometido el año anterior. ¿Quizá solo debería mandar todo a la freír espárragos y sacar tantos artículos ligeros como pudiera? No sería el periodismo de investigación profundo con el que siempre había soñado, pero aparecería mi nombre en todos ellos, y tal vez eso fuese lo único que importaba en aquel preciso momento.

Al otro lado de la zona de juegos, Teddy se cayó del columpio y empezó a llorar, interrumpiendo mi introspección. Ambos estaban cansados y listos para volver a casa, tomarse un chocolate caliente, ver *Bluey* y cenar. Mientras levantaba a Teddy del suelo, que seguía sollozando, le limpiaba como podía el

agua del charco y rebuscaba en mi bolsa de tela una barrita de Dino Bar para consolarlo, tomé una decisión: era el momento. Iba a decir que sí.

Ya casi habíamos salido del parque cuando mi móvil emitió un pitido, que me avisaba de que tenía un mensaje nuevo. Lo saqué de la bolsa de tela, creyendo que sería Judah preguntando a qué hora estaríamos en casa para la cena. Pero no era él. Era una respuesta de uno de mis antiguos contactos, que ahora trabajaba en la sección de reportajes del *Financial Times*, según su perfil en LinkedIn. Había sido mi jefa en *Velocity*, la revista de viajes donde aprendí el oficio hacía ya una década. Lo que no sabía era si seguía dedicándose al sector de viajes. Le había escrito movida más por una chispa de esperanza que por la verdadera expectativa de obtener respuesta. Abrí el mensaje segura de que sería el habitual rechazo cortés. Pero no fue así. No exactamente.

Lo, me alegro de recibir noticias tuyas y de que hayas vuelto a las andadas. Siento decirte que no estamos interesados en un artículo sobre el hotel. Suena bien, pero sin un buen gancho, no creo que tenga el enfoque que buscamos. Ahora bien, si pudieras conseguir una entrevista con Marcus Leidmann..., eso sí que podría colocarlo sin problema. Estaríamos hablando de un perfil completo, de más de dos mil palabras, dependiendo de lo que te contara. Ten en cuenta que es conocido por ser muy reservado, así que puede que no acceda. Pero ahí lo dejo. Quien no arriesga, no gana, ¿no?

Rowan

Había empezado a llover de nuevo; las gotas me resbalaban por la frente y caían sobre la pantalla del móvil mientras permanecía allí plantada, leyendo y releiendo el mensaje de Rowan.

–Maaamiii –dijo Eli, impaciente, saltando de un pie a otro–. ¡Vamos, que me hago pipí!

–Perdona, cielo –respondí. Bloqueé la pantalla del móvil y me lo metí en el bolsillo–. Era del trabajo. Vamos a casa.

Pero, mientras emprendíamos el camino empapado de regreso a nuestro apartamento, con la lluvia escurriéndome por la nariz y Teddy quejándose de que tenía la «ropa de abajo» mojada y le dolía el culo, no pude evitar que se me escapara una sonrisa. Estaba de vuelta. De nuevo en el ruedo. Y me sentía de maravilla.

## Capítulo 3

—¿A qué hora viene el taxi a recogerte?

Judah estaba sentado en la cama, pero podía sentirlo rondándome con la mente mientras hacía la maleta, como un padre nervioso que manda a su primogénito a un campamento por primera vez.

—A las tres. No tengo que estar en el aeropuerto hasta las cuatro y media, pero por si acaso hay tráfico...

—Bien pensado. ¿Llevas todos los documentos en el equipaje de mano? ¿Seguro de viaje? ¿Pasaportes? ¿Medicamentos?

—Sí, sí y sí. —Mis pasaportes ya estaban en el bolso, pero los saqué para que los viera: el viejo pasaporte británico, desgastado por los viajes, y el nuevo pasaporte estadounidense, aún algo rígido—. Qué emoción estrenar el estadounidense. ¡Va a ser la primera vez que viaje como ciudadana de los Estados Unidos!

—Sabes que tienes que usar ese en la aduana de los Estados Unidos, ¿verdad? Al tener doble nacionalidad, tienes que usar el estadounidense para entrar y salir del país.

—Sí, lo sé. Sé utilizar Google tan bien como tú, Judah.

—¿Y tienes todos los detalles de dónde te vas a hospedar y quién te va a ir a recoger al aeropuerto?

—Sí, Judah, mi amor, ¡deja de preocuparte! Sé que ha pasado mucho tiempo, pero esto era algo que hacía habitualmente en mi trabajo, ¿recuerdas?

—Lo sé, lo sé, perdón.

Judah tuvo la elegancia de parecer un poco avergonzado.

La verdad es que mis pasaportes me importaban un comino. Estaba mucho más preocupada por saber cuál sería el código de vestimenta en ese lugar y si algunos de mis vestidos de antes del embarazo todavía me servirían. Hacía mucho tiempo que

no viajaba por trabajo, y casi el mismo tiempo desde la última vez que había asistido a algún evento elegante. Para ser sincera, dudaba mucho que me cerrara alguno de los pocos vestidos de noche que tenía. Según las fotos que había visto en la página web, el estilo diurno del *Grand Hôtel du Lac* de esa temporada era vaqueros ajustados, botas con forro de piel y jerséis escandinavos, es decir, prendas que tenía en mi armario. Al menos los jerséis y los vaqueros. No tenía botas con forro de piel, así que las normales tendrían que servir. Sin embargo, las fotos nocturnas mostraban a mujeres europeas de piernas kilométricas, ataviadas con vestidos monocromáticos de diseñadores... y eso sí que podría ser un problema.

Sostenía lo que había sido mi vestidito negro favorito frente al espejo, tratando de evaluar si era lo suficientemente elegante para un restaurante con estrella Michelin, cuando Teddy entró por la puerta del dormitorio, arrastrando su dinosaurio de peluche con tristeza.

—¿Por qué te tienes que ir? —preguntó por vigésima vez.

—Porque tengo que trabajar, cielo.

Me quité la camiseta y me puse el vestido negro por la cabeza. Solo había una manera de saber si todavía me entraba.

—Las mamis no tienen que trabajar —discutió—. Los papis tienen que trabajar, pero las mamis solo trabajan si quieren.

—¿Qué? —Solté un resoplido cuando mi cabeza apareció por la parte superior del vestido—. ¿De dónde has sacado eso?

Teddy no respondió, pero al pensarlo bien supuse que tenía sentido según la lógica de un niño. Después de todo, no había trabajado durante gran parte de su infancia, y aunque había varias madres trabajadoras en su grupito de amigos, había al menos una docena más que trabajaban a media jornada o no trabajaban. Probablemente, desde su perspectiva, parecía que los papás siempre trabajaban a tiempo completo, pero las mamás solo lo hacían cuando querían.

Me subí la cremallera del vestido (¡toma, sí que me cerraba!) y luego me arrodillé frente a él.

—Escucha, cielo, a veces las mamis dejan de trabajar cuando sus

bebés son pequeñitos, al igual que hice yo. Y a veces también lo hacen los papis. Pero mamá trabajaba antes de que tú nacieras y, ahora que ya eres un niño grande, necesito volver a trabajar.

«Necesito». «Necesito» era el verbo adecuado, no «tengo que», porque lo cierto era que no tenía por qué. Podríamos seguir tirando con el sueldo de Judah si recortábamos algunos gastos, pero necesitaba hacerlo por mí... y quizá también por Teddy y Eli.

–Voy a echarte mucho de menos, y a Eli también, pero es solo una semana...

–¡Una semana entera! –me interrumpió Teddy con tono trágico, como si fuera una noticia completamente nueva, aunque ya lo habíamos hablado varias veces.

–Sí, una semana –respondí con paciencia–. ¿Te acuerdas? Me voy tres días a Suiza por trabajo, y luego voy a Inglaterra para hacerle una visita a la abuela Pam, así me aseguro de que está bien. Y después regreso a casa. Te voy a echar muchísimo de menos, pero papá, Eli y tú os lo vais a pasar requetebién cuidándoos los unos a los otros. Seguro que papá te deja hacer un montón de cosas que yo no. –Judah sonrió de fondo y asintió con entusiasmo–. La abuela Gail vendrá a echarle una mano a papá, y a ti te encanta cuando viene a pasar unos días, ¿verdad?

–¿Va a venir la abuela Gail? –Teddy pareció calmarse un poco.

Adoraba a la madre de Judah, que era una abuela cariñosa y sumamente indulgente, incapaz de poner límites cuando se trataba de sus nietos.

Asentí con la cabeza.

–Sí, se quedará tres días. ¿Ves? Va a ser superdivertido. Y te traeré un regalito cuando vuelva...

–¿Un regalo? –La cara de Teddy se iluminó–. ¿Qué será?

Me encogí de hombros.

–Es una sorpresa. Algo especial de Suiza.

–Pero ¿qué será?

–Es que, si te lo digo, ya no sería una sorpresa, ¿no? –Mierda. ¿Qué narices tenían en Suiza que no existiera en Estados Unidos? ¿Toblerone? Eso se podía comprar aquí. ¿Relojes

de cuco? Bueno, ya lo averiguaría. Y Teddy tenía solo cuatro años, ¿qué sabría él? Podía traerle un Lego, como si fuese a importarle... Lo único que quería era algo que desenvolver-. Será algo chulísimo, te lo prometo.

-¡Pero lo quiero yaaa! -Teddy soltó un alarido y volvió a convertirse en el mismo niño desconsolado que era cuando entró. Judah se reía detrás de Teddy y yo puse los ojos en blanco. Por situaciones como esta se inventó la expresión «meterse en un berenjenal»-. ¿Por qué no puedo tenerlo ya?

Me quité el vestido por la cabeza, me volví a poner la camiseta, cogí a mi niño en brazos y le besé su mejillita regordeta, que seguía oliendo un poco a leche y cereales Cheerios del desayuno.

-No te puedo dar un regalo ahora, pero sí que te puedo dar esto. -Le hice una pedorreta en la mejilla y se rio; luego le levanté la camiseta y le hice otra en la barriguita-. Y esto. -Teddy soltó un grito de falsa indignación que en realidad era puro deleite. Lo levanté en volandas y le hice una tercera pedorreta justo encima de la cinturilla del pantalón-. Y esto. ¡Y si sigues quejándote, voy a tener que llamar a la monstrea de las cosquillas!

-¡No! ¡La monstrea de las cosquillas no! -chilló Teddy de manera exagerada, luego se retorció para que lo dejase en el suelo y salió pitando descontroladamente.

-Sí, sí, ¡la monstrea de las cosquillas! -grité yo, siguiéndolo-. De hecho, creo que ya está por aquí, listísima para un ataque de cosquillas.

-¡Eli! -berreó Teddy, riéndose de forma histérica-. ¡Eli, ayúdame, la monstrea de las cosquillas está aquí! ¡Ayudaaa!

-Ay, madre -dijo Judah desde el otro lado de la habitación, con el rostro arrugado de tanto reír-. La que has liado... No te va a dar tiempo a terminar de hacer la maleta antes de que llegue el taxi. Va a querer que le hagas de monstrea de las cosquillas hasta que llegue la hora de ir a la cama.

-Que le den al taxi -respondí, acercándome a él. Le rodeé el torso con los brazos, colé la mano por debajo de su camiseta y le

hundí los dedos en la piel, por encima de la cadera—. Que sepas que la monstrea de las cosquillas es rapidísima haciendo la maleta.

—¿Ah, sí? —preguntó Judah, haciendo una mueca—. ¿Y puede hacerla... así? —Me cogió en brazos y salió de la habitación a grandes zancadas, cargándose como lo haría un cavernícola en unos dibujos animados—. ¡Chicos! He capturado a la monstrea de las cosquillas. ¡Venid a por ella si os atrevéis!

Al cabo de unas cuatro horas, mientras el taxi se alejaba de la acera y se adentraba en el bullicioso tráfico de Nueva York, me giré y observé cómo las caras de Judah, Eli y Teddy se iban haciendo cada vez más pequeñas. Judah se situaba a un lado de la calle con una enorme sonrisa alentadora en los labios. Eli le sujetaba la mano y se despedía de mí con la otra, pero con una expresión de incertidumbre en el rostro. Teddy ni siquiera esperó a que se cerrara la puerta del taxi antes de estallar en llanto, al tiempo que se inclinaba desde los brazos de Judah para estirar las manos hacia el coche que se alejaba, con las lágrimas descendiendo sin control por sus mejillas regordetas.

Sentía un nudo en la garganta y un cosquilleo detrás de los párpados al ver cómo Teddy se aferraba con fuerza al cuello de Judah. Luego, el taxi dobló una esquina y las pequeñas siluetas desaparecieron de mi vista. En un intento de distraerme del pensamiento de todo lo que dejaba atrás, y no porque realmente tuviera ganas de trabajar, saqué el móvil y empecé a deslizar el dedo por el dossier de prensa que me había enviado el departamento de relaciones públicas del Grupo Leidmann. Incluía el itinerario, información sobre el hotel y estadísticas de la industria turística en Suiza, entre otras cosas.

Tan solo faltaban dos datos y, por supuesto, eran precisamente los que más ansiaba recibir. El primero era la lista de los demás invitados. Hacía tiempo, un compañero de profesión me había dicho que siempre llamaba antes de cualquier evento de prensa para pedirla y poder buscar a los asistentes en Google con antelación. Tenía sentimientos encontrados hacia ese compañero en concreto. En realidad, era más bien un ex, sin medias tintas,

y nuestra relación no había acabado en buenos términos, que digamos. Sin embargo, en lo que a consejos se refería, aquel no estaba nada mal, y desde que me lo dijo, lo había convertido en una especie de rutina. No siempre daba resultados: algunos lugares eran muy reservados, y con razón. Si la lista de asistentes incluía celebridades, se preocupaban por la seguridad y la privacidad de esos invitados. Otros, en cambio, se guardaban la información por el motivo opuesto: una escasa asistencia y una absoluta falta de nombres interesantes, algo que no querían admitir ante un periodista. Pero, sorprendentemente, muchas veces la organización accedía encantada, y contar de antemano con los nombres de los asistentes más relevantes te permitía parecer mucho más informado y conectado de lo que en realidad estabas.

Por desgracia, el departamento de relaciones públicas del Grupo Leidmann me había dicho que la lista de invitados era confidencial, pero que «estaba compuesta por figuras importantes en finanzas, periodismo y la industria del turismo», lo que probablemente significaba que asistirían los mismos seis bloggers e *influencers* con los que siempre me encontraba en ese tipo de eventos.

El segundo dato que desconocía era, de algún modo, aún más frustrante. Esperaba recibir un correo electrónico en el que me dieran el visto bueno para entrevistar a Marcus Leidmann durante mi estancia, pero la decisión seguía pendiente. La encargada de prensa con la que había hablado no me había dicho exactamente que no, pero tampoco había dicho un sí rotundo, ni siquiera cuando intenté tentarla con la idea de que podrían llegar a publicarlo en el *Financial Times*. Habría sido muy reconfortante contar con un firme «Por supuesto, hablará contigo» junto a una fecha y hora por escrito. Sin embargo, lo que sí logré sonsacarle fue una confirmación clara de que Marcus Leidmann asistiría en persona a la inauguración del hotel. Aunque no pudiera conseguir una entrevista formal, no era del todo imposible sacar algo útil de una conversación durante la cena para redactar algún tipo de artículo.

El problema era que, cuanto más buscaba en Google, más consciente era de que Rowan se había quedado corta al decir que era extremadamente receloso con su privacidad. Nunca había concedido una entrevista, o al menos, yo no pude encontrar ninguna. Y todas sus citas parecían los típicos e insípidos discursos de relaciones públicas sacados de los comunicados corporativos. Estaba «encantado» con la adquisición de otra compañía más. «Afligido» por el fallecimiento de algún titán de la industria. «Contento» con los resultados trimestrales de algún fondo de inversión o algo por el estilo. Nada que me permitiera hacerme una idea sobre el hombre en sí o sobre su personalidad.

Los perfiles que tenía en redes sociales parecían haber sido elaborados sin su cooperación y eran breves y estrictamente factuales: se centraban única y exclusivamente en información pública como sus transacciones comerciales e inversiones. Hasta la fecha, lo único que había conseguido averiguar era su edad aproximada (alrededor de los setenta años, si mis cálculos eran correctos), su estado civil (viudo desde hacía muchos años) y el número de hijos que tenía (un hijo, Pieter, de treinta y cinco años, supuesto heredero del Grupo Leidmann). No era un hombre hecho a sí mismo; la empresa Leidmann y Leidmann había sido fundada por su abuelo y su tío abuelo, ambos empresarios industriales belgas de la región flamenca del país, a principios del siglo XX, y su padre consiguió expandirla de manera extraordinaria durante las décadas de los setenta, ochenta y noventa. Leidmann sénior se había hecho cargo de una próspera empresa metalúrgica: la transformó en una pieza clave de la industria y la convirtió en una corporación con presencia en todos los sectores, desde la fabricación de automóviles hasta el transporte marítimo y otras muchas áreas. La comparación de Judah con el Grupo Tata no iba mal encaminada: a finales de los noventa, el Grupo Leidmann se había convertido en una empresa casi tan expansiva como el gigante indio.

Pero no fue hasta que Marcus asumió el cargo como director

ejecutivo a principios de la década de 2000 cuando la empresa se convirtió en el fenómeno global que es hoy en día. Había recorrido, consolidado y expandido hacia mercados hasta entonces inexplorados, como la inversión y las finanzas internacionales, sin cometer ni un solo error, hasta donde pude leer. El mundo empresarial reconocía, a regañadientes, que, hubiera nacido con cuchara de plata o no, Marcus Leidmann era un ejecutivo extremadamente astuto que sin duda habría tenido éxito, sin importar cuáles fueran sus orígenes.

Debido a que la mayor parte del Grupo Leidmann era propiedad privada y no cotizaba en ninguna bolsa de valores, había muy poca información disponible sobre el valor neto de sus docenas de empresas, fondos e inversiones, por lo que las especulaciones sobre la riqueza personal de Marcus Leidmann no eran más que eso: especulaciones. Sin embargo, tanto Forbes como la lista de los más ricos del *Sunday Times* situaban su patrimonio personal por encima de los dos mil millones de dólares, y algunos sitios hacían estimaciones mucho más altas. De cualquier modo, se podía afirmar que era un hombre con recursos considerables.

Si no conseguía pasar un rato a solas con Marcus Leidmann, grabadora en mano, sería difícil obtener material suficiente para que Rowan me encargara un artículo, y mucho menos un reportaje con un perfil. Pero si lo conseguía, si lograba aunque fuera una breve entrevista cara a cara, lo suficiente como para convertirla en algo que pudiera presentar como exclusiva, la recompensa sería bastante alta. No solo por la tarifa en sí –aunque el *Financial Times* era uno de los pocos medios que todavía pagaba de forma fiable y generosa–, sino por la importancia del nombre en mi currículum. El *Financial Times* estaba entre los mejores, al nivel del *Wall Street Journal* y *The New York Times*: sólido, prestigioso, una cabecera a ambos lados del Atlántico reconocida por su periodismo serio. Un crédito así me abriría muchas puertas, estaba claro. Y si para conseguirlo tenía que cruzar el charco con un «tal vez» como única esperanza..., bueno, eso era lo que tocaba. En el peor

de los casos, conseguía una estancia gratis en un hotel de lujo. En el mejor de los casos, tendría una audiencia con uno de los hombres más poderosos y esquivos de Europa, y una línea en el currículum que podría impulsar de nuevo mi carrera. Era una apuesta que estaba dispuesta a asumir.

## Capítulo 4

–Espere un momento, señora –dijo la mujer del mostrador de facturación de Swiss Air mientras sostenía mi pasaporte estadounidense, frunciendo el ceño ante la pantalla.

Sentí que se me encogía un poco el corazón. Mierda. ¿Habría alguna casilla que se me había olvidado marcar? ¿Era algún problema con mi pasaporte? O quizá..., oh, Dios, ¿habría cometido algún error al hacer la reserva? Aunque ya llevaba casi diez años viviendo en los Estados Unidos, no me extrañaría haberme equivocado al poner el mes antes del día, como hacen por estos lares. Si por equivocación había comprado el vuelo para el 11 de abril en vez de para el 4 de noviembre, Judah no me lo perdonaría jamás. Pero, por mucho que intentara convencerme de que mes, día, año era la secuencia más lógica, yo nunca me acostumbraría. ¿A quién se le ocurre poner primero lo intermedio, luego lo pequeño y después lo grande? ¡No tiene ni pies ni cabeza!

–¿Hay algún problema? –conseguí preguntar, pero la mujer ya se había levantado y se dirigía a hablar con uno de sus compañeros, concretamente con alguien que, para mi desgracia, parecía un alto cargo de la compañía.

Sentí que me ardía la garganta por el estrés. ¿Me habrían sacado del vuelo? ¿Podían hacer eso en vuelos transoceánicos?

–Discúlpeme, señora Blacklock. –La empleada del mostrador sonreía cuando volvió a sentarse, pero eso no me decía nada: los estadounidenses se pasan la vida sonriendo. Incluso cuando dan malas noticias, lo hacen con una sonrisa de oreja a oreja–. Estaba un poco confundida porque ya había hecho la facturación en línea en clase económica prémium, pero no hay ningún problema. Solo tengo que volver a emitir la tarjeta

de embarque para que salga reflejada la mejora en su billete. Asegúrese de escanear la nueva cuando pase por seguridad.

–¿Perdón? –Por un momento, creí haber oído mal–. ¿Ha dicho mejora?

Miré hacia abajo, preguntándome si llevaba puesta alguna prenda especialmente atractiva, pero vestía lo de siempre, el estilo que los chavales de hoy en día llaman *athleisure*, o algo así. Había oído hablar de mejoras espontáneas en algunos billetes, pero generalmente iban acompañadas de una larga historia sobre la luna de miel de alguien o sobre una terrible pérdida. No obstante, dudaba que hiciesen algo así por alguien normal y corriente, solo por pura buena voluntad de la aerolínea.

–Sí, parece que su jefe ha mejorado su reserva a primera clase.

–¿Cómo que a primera clase? –Nunca había viajado en primera clase. La clase preferente ya era lo suficientemente cómoda y un gran salto respecto a la clase económica *prémium*, que era lo que había reservado y que solo había elegido porque era un vuelo nocturno y quería poder reclinar el asiento sin sentirme terriblemente culpable por la persona de atrás–. Lo siento mucho, pero debe de haber algún error. Soy autónoma, no tengo ningún jefe. Y estoy segura de que no he hecho ninguna mejora.

–Mmm..., bueno, tengo la reserva aquí delante y todo se ha dejado pagado esta misma mañana: mejora a primera clase de John F. Kennedy a Ginebra Internacional. Tengo la confirmación aquí mismo. ¿Tal vez sea un detalle de algún amigo?

Sentí que se me encogía el corazón. ¿Habría sido Judah teniendo un gesto romántico? Seguro que no. Una mejora de última hora a primera clase costaría..., bueno, no quería ni imaginármelo. Seguramente miles de dólares y un riñón. Incluso la clase preferente habría sido un derroche innecesario que no podíamos permitirnos. Primera clase me parecía una locura.

Pero las únicas otras personas que tenían la información de mi vuelo eran los empleados del departamento de prensa del Grupo Leidmann, para que pudieran organizar la recogida en el aeropuerto, y no me parecía lógico que estuvieran desembolsando decenas de miles de dólares por una periodista que no

conocían. Y también me parecía poco probable que fuese un error. Las aerolíneas no cometían errores como ese, ¿verdad?

No, la única explicación que se me ocurría era que Judah hubiera hecho una última tentativa desesperada para mejorar el billete al precio más bajo posible y que, de alguna manera, lo hubiera conseguido. Era imposible que hubiese pagado la mejora directamente; no podíamos permitirnoslo ni de broma, pero tal vez había soltado un par de cientos de dólares, pensando que sería una buena sorpresa si lo conseguía.

—La sala vip de primera clase está justo al final de las escaleras, después de pasar por el control de seguridad —terminó la empleada del mostrador, mientras me entregaba mi tarjeta de embarque—. ¿Alguna duda más, señora Blacklock?

—Eh..., no. —Me sentía un poco aturdida.

Mientras me dirigía hacia el control de seguridad, una parte de mí esperaba que alguien viniera corriendo para informarme del error de la aerolínea, pero no hubo pasos apresurados ni gritos de «¡Señora Blacklock! Lo siento, ha habido un malentendido...».

Cuando llegué al control de seguridad, estuve a punto de dirigirme a la fila en la que ponía «Todos los pasajeros» de forma automática, pero enseguida me fijé en que había otra señalizada como «Prémium». En el cartel, justo debajo y en letras más pequeñas, se leía: «Primera clase y pasajeros con pase prioritario». Pensé que sería una buena oportunidad para ver si colaba la tarjeta de embarque reemitida, y que, si la rechazaban, sería menos embarazoso que en la puerta de embarque. Me sentía una impostora mientras me acercaba a la zona acordonada. Cuando le enseñé mi tarjeta de embarque a la mujer uniformada que estaba justo en la entrada, esperaba que me dijese que volviera por donde había venido, pero simplemente asintió y me dejó pasar. De ese modo, dejé atrás las filas infinitas de pasajeros de clase turista y me incorporé a una cola mucho más corta, en la que destacaban personas con abrigos notablemente más caros. Me fijé en una mujer alta que se situaba justo delante de mí, junto al escáner: tenía el pelo largo, negro y sedoso, y llevaba gafas oscuras y los tacones más altos que había visto nunca en

un aeropuerto. Se quitaba uno a uno los anillos de oro grandes y pesados que lucía en las manos, mientras se quejaba a su marido en un idioma que no fui capaz de identificar, pero que me sonaba a árabe. Su marido, que parecía acostumbrado a las quejas de su mujer, permanecía de pie, tecleando en su iPhone, sin prestarle demasiada atención, aunque hacía algún que otro comentario tranquilizador. Luego lanzó el móvil a la bandeja de plástico y ambos pasaron juntos por el escáner de seguridad.

Estaba colocando mis cosas en la bandeja cuando, de repente, se rompió la bolsa de plástico donde llevaba los líquidos, y los frascos de tamaño viaje junto con los tubos de maquillaje salieron rodando por la cinta transportadora y cayeron al suelo. Sonrojada y nerviosa, me agaché a recogerlos apresuradamente, temiendo que el agente de seguridad empezara a reñirme por haber sobrecargado la bolsa y me hiciera volver al principio de la fila para conseguir una nueva, o incluso me obligara a deshacerme de algunos productos. Pero, para mi sorpresa, no lo hizo. En lugar de eso, simplemente me entregó una bolsa de plástico nueva junto con un frasco de desmaquillante de ojos que se había caído de su lado de la cinta. Sonrió ante mis balbuceantes intentos de disculpa.

–No se preocupe, no hay prisa.

–Muchas gracias, lo siento mucho. ¿Tengo que...? –Miré con duda el pintalabios que tenía en la mano. No iba a caber en la bolsa—. ¿Tengo que tirarlo?

–No, está todo correcto. Eso no es un líquido, señora.

–¿En serio? –Hice memoria de la última vez que cogí un avión. Estaba casi segura de que el agente me había dicho que los pintalabios contaban como gel, por eso lo había metido en la bolsa desde el principio—. Dios mío, muchas gracias.

–No hay de qué –respondió, y se despidió de mí con la mano cuando crucé el detector de metales.

Un par de minutos después, ya estaba lista. A medida que me alejaba del control de seguridad, echaba alguna que otra mirada culpable por encima del hombro hacia las interminables colas del lado de clase turista. No sabía cómo había sucedido, pero

quedaba claro que la tarjeta de embarque era auténtica; no era un error. Le debía a Judah el mensaje más agradecido de toda nuestra relación. El control me había llevado tan poco tiempo que ahora me quedaban casi tres horas de espera, pero no me importaba, porque me esperaba el lujo de una sala vip de primera clase. Esperaba ser capaz de encontrarla.

Hubo dos intentos fallidos, así que finalmente decidí pedir ayuda a un empleado del aeropuerto. Veinte minutos de búsqueda después, ya había pasado por la señora del mostrador de facturación, un tanto desdeñosa, y me relajaba en un cómodo sillón con una copa de champán gratuita en la mano. Solo había viajado en clase preferente en un par de ocasiones, sobre todo cuando estaba en plena gira de promoción de *Aguas oscuras* y la editorial se encargaba de organizarme los viajes, y nunca llegué a dejar de emocionarme al entrar en una sala llena de bebidas y aperitivos y ser invitada a servirme lo que quisiera. En este viaje me iba a comportar como una profesional: aunque fuese una escapada muy placentera, y bastante rara ya puestos, me había prometido que no caería en la tentación del alcohol gratis ni haría el ridículo, no solo porque ya apenas bebía, sino porque estaba bastante segura de que con solo dos copas acabaría subiéndome a la mesa a montar un espectáculo, con su correspondiente e insoportable resaca al día siguiente.

Pero aquello era diferente. Ni siquiera estábamos en Suiza aún, y no tenía delante a nadie a quien quisiera impresionar. Una copa no me haría daño; además, se lo debía a Judah, ¿no? Disfrutar de su regalo era lo menos que podía hacer.

Pensar en Judah me hizo darme cuenta de que no le había agradecido la sorpresa. Cogí el móvil, saqué una foto de la copa de champán, con los grandes ventanales de cristal que daban a la pista de aterrizaje de fondo, y se la envié a Judah con el mensaje:

¡Muchas gracias! Espero que no haya costado demasiado \$\$\$.

El mensaje permaneció un buen rato como «no leído», pero no me sorprendió. Eran las cinco, la hora punta de preparar la cena, con los niños dando guerra, ambos cansados y exigiendo atención, y probablemente Judah tuviese las manos ocupadas.

No fue hasta que llamaron a los pasajeros de mi vuelo, me levante, terminé la segunda taza de té de cortesía –no tan bueno como el champán, si he de ser sincera, pero estaba intentando comportarme como una profesional–, y comencé a buscar mi abrigo y mi bolso, cuando mi teléfono vibró con la respuesta de Judah:

??? Lo siento, pero no estoy seguro  
de qué significa eso. Besos.

Fruncí el ceño. No me daba tiempo a responder en ese momento. La pantalla de información de vuelos había pasado de «Diríjase a la puerta de embarque» a «Embarcando» en los cinco minutos que tardé en recoger mis pertenencias. Las explicaciones tendrían que esperar.

Primera clase era... Bueno, primera clase era primera clase. Esa era la única manera que se me ocurría para describirlo. Era... incluso más de lo que me había imaginado.

Para empezar, me hicieron pasar entre una multitud agitada de pasajeros de clase preferente que escaneaban sus tarjetas de embarque con toda la calma del mundo, y me indicaron un pasillo apartado. En la puerta del avión, una azafata nos saludó por nuestro apellido –solo había otros tres pasajeros en primera clase– y nos condujo a lo que describió como nuestras *suites*, que en realidad eran unos pequeños cubículos, cada uno equipado con una enorme pantalla de televisión panorámica, una cama, una otomana y una puerta corrediza para mayor privacidad.

–¿Le puedo ofrecer un pijama de cortesía? –preguntó la azafata mientras guardaba mi bolso y mi abrigo.

Lo cierto es que no era necesario, ya que la enorme cantidad

de espacio de almacenamiento era excesiva para mi modesto equipaje de mano.

–¿Cómo?

Me parecía haber oído «pijama», pero eso no podía ser. Tal vez se refería a algún tentempié del que nunca había oído hablar.

–Un pijama de cortesía –repitió la azafata–. Se los ofrecemos a todos nuestros pasajeros de primera clase en vuelos nocturnos.

–Y-yo..., claro –respondí, desconcertada.

Desapareció tras una cortina para volver con un paquete cuidadosamente envuelto que contenía el pijama de algodón con la tela más suave que había tocado en mi vida.

No sé qué esperaba exactamente..., quizá uno desechable, como esas braguitas de papel que te dan cuando te haces un bronceado en espray. Pero no: era un pijama de verdad, de los de toda la vida, talla S, junto a un par de zapatillas.

–Se lo puede quedar –dijo, esbozando una sonrisa–. Ahora, ¿le gustaría que le trajese algo para beber? Tenemos champán, vino blanco, vino tinto, mimosas, cócteles...

–Creo... que tomaré una copa de champán –respondí.

Escuchaba a los pasajeros de clase preferente mientras se acomodaban en la cabina de al lado y me giré para mirar, pero la azafata corrió la cortina que separaba ambas secciones, como si las personas en mi posición no tuvieran por qué verse obligadas a contemplar a los humildes viajeros de clase preferente.

–Perfecto. Tenemos Laurent-Perrier Grand Siècle Brut, señora Blacklock. ¿Le parece bien?

Me limité a asentir, y me pasé los siguientes quince o veinte minutos jugando con los ajustes del asiento, bebiendo el champán a sorbitos, hojeando el menú y echando un vistazo a la extensa colección de películas disponibles en la enorme pantalla panorámica. Solo cuando la voz del piloto sonó por los altavoces para anunciar el despegue y pedir a los pasajeros que prestaran atención a las instrucciones de seguridad, me di cuenta de que no le había respondido a Judah.